

Evangelio de un modo muy diferente que aquellos que le registran preguntando como los judíos preguntaron al Precursor y preguntaron más tarde á Jesús, únicamente con la voluntad pésimá de encontrar en su respuesta motivos para condenarles á muerte. Jesús, á quien ellos han matado, no está muerto, y á ellos les matará el Evangelio, del que blasfeman. Dejémosles realizar este prodigio incomprensible de encontrar su muerte en la misma fuente de la vida, y en tanto nosotros aprovechémonos de lo que se nos ha prometido y manifestado, y alejándonos de la muerte, busquemos en ello nuestra vida y nuestra felicidad.

ZACARÍAS, ISABEL, MARÍA, JUAN, JOSÉ, HERODES

San Lucas, muy al principio de su Evangelio, pone estas palabras, que pudieran parecer indiferentes: *En los días de Herodes, rey de Judea, y, no obstante, no lo son, porque encierran una magnífica prueba del cumplimiento de la profecía de Jacob. «Judá ha perdido su cetro guerrero y temporal; se ha llegado á los días del Príncipe de la paz, y se va á ver aparecer el Deseado de las naciones, esperado por los últimos presentimientos divinos que se conservaron en la humanidad después de su caída.»* Los ángeles principian á desempeñar embajadas cerca de los hombres. Zacarías, aunque justo, pero bajo cierto punto de vista algo desconfiado é incrédulo,

representa su nación abandonada y su culto infecundo; y mientras que su justicia y virtud son benditas y premiadas más de lo que él esperaba, su incredulidad fué castigada con el silencio. Israel no tiene ya Profetas, ni tendrá más sacerdocio hasta el día en que, renaciendo á una nueva vida por la fe, alcance un sacerdocio más elevado y verdadero, y recobre la voz para cantar alabanzas á Dios.

Zacarías es hijo de Abías y su esposa Isabel hija de Aarón, flores hermosas de la raza sacerdotal, y convenía que Juan Bautista naciese de tan esclarecida familia, para poder anunciar con más autoridad el sacerdocio de la nueva Ley. Con ese fin se unieron admirablemente las dos principales ramas de Israel, en Juan la sacerdotal, y la real en Jesús, hijo de David.

Isabel fué estéril para demostrar que Dios es soberano y señor de todo, y para que, viendo el mundo que una mujer estéril ha podido ser fecunda, merced á su sobrenatural poder, comprenda fácilmente que, interviniendo la eficacia divina, también podrá una virgen pura concebir sin detrimento de su candor. Librada ya Isabel del oprobio de su larga esterilidad, no cesaba de dar gracias á Dios. Su alegría legítima enaltecía el sagrado carácter de María, sacerdotisa sublime en quien campean todos los méritos de la virginidad, y heroína incomparable que, para permanecer virgen, está resuelta á sacrificar el más grande honor á que pudiera aspirar una mujer de Israel.

El ángel Gabriel (interpretado *Virtud de Dios*) fué en-

viado á la Virgen, pues tal debía ser el principio de nuestra reparación, puesto que la caída había tenido origen en la seducción de otro ángel perdido, cuando, en figura de serpiente, se atrevió á tentar la primera mujer y á hacerla caer de su felicidad. Mas como el divino Redentor debía tomar nuestra carne,

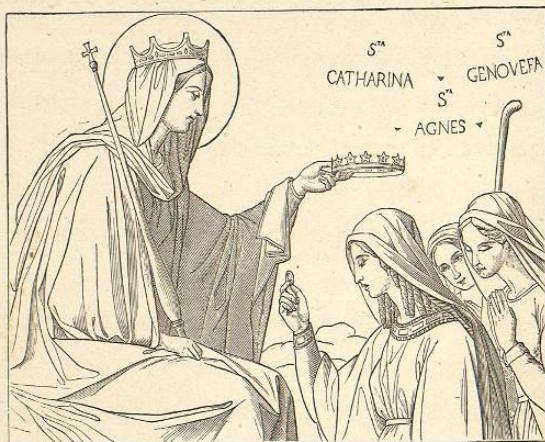


Lámina 3r.—María, Madre de Jesucristo, Reina de las Virgenes. Santa Catalina la presenta el anillo de su matrimonio místico, y después de ella están Santa Inés y Santa Genoveva.—Fresco de Orsel, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, en París, de este siglo.

según sentir de San Agustín, era preciso que naciese de una mujer virgen, á fin de no tener semejante, ni otro que le igualase en su natividad; y debía nacer de una virgen en cuanto al cuerpo Aquel que había de ser jefe y tronco fecundísimo de los esclarecidos vástagos que habían de brotar de la Iglesia Católica, virgen purísima en su espíritu.

María, al mismo tiempo que virgen, es esposa; virgen para recibir la gracia, y esposa para librarse de injuriosas sospechas. Quiso el Señor que jamás pudiera dudarse del honor de su Santísima Madre. La ley condenaba los nacimientos ilegítimos, y si Él hubiese llevado esa nota al nacer, no hubiera podido decir que no había venido á destruir la ley, sino á cumplirla. Esta cualidad de esposa debía dar también más autoridad á las palabras de María, la cual, siendo madre, si no hubiera estado desposada, se hubiera podido decir que quería ocultar una caída y una falta; mientras que, siendo esposa, no tenía motivo ni razón alguna para ocultar el suceso que tan íntimamente la afectaba, puesto que la maternidad ha sido siempre el privilegio y la gracia del matrimonio.

El ángel dijo á María que Aquel que había de nacer de ella sería llamado Hijo del Altísimo, y que el Señor le daría el trono de David, su padre. Cuando el Espíritu Santo recordaba y dictaba estas palabras al Evangelista para que se publicasen en el mundo, Jesucristo no tenía más trono que la cruz, en la que fué clavado. Todavía añadió el ángel: «Reinará Él eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.» En efecto, á Jesucristo se le ve reinar en la casa de Jacob, y su reino visible sobre la tierra es la Iglesia Católica, santa y visible, que durará mientras el mundo exista; y desde luego fué formada de aquellos dos hijos de Jacob que aceptaron y practicaron su ley; porque los otros hijos de este Patriarca, habiendo recha-

zado al Cristo, quedaron de hecho, y en el acto mismo, separados de Él y de su reino, y no constituyen ya el verdadero pueblo de Israel. Los gentiles llamados á reemplazarles han entrado á formar un mismo pueblo con los descendientes de Jacob fieles á Dios. Jacob, pues, es el tronco común de los vástagos naturales y de los ingertados en esta esclarecida familia. San Pablo representa al pueblo de Dios como un gran árbol, cuyo tronco, siempre subsistente, extiende sus majestuosas ramas por el mundo, y no se pierde ninguna de ellas, sino para multiplicarla después en otras nuevas.

Isaias, al anunciar la Encarnación del Verbo, exclama: «¿Quién podrá contar su generación?» Esclareciendo los misterios que se refieren á María, que oponía su anterior resolución de permanecer siempre virgen, la dijo el ángel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esa razón el Santo que nacerá de ti será llamado el Hijo de Dios.*» Comentando Bossuet estas palabras, dice: El que esencialmente es puro no se une más que á la pureza. Él engendra su Hijo solo, sin compartir con ningún otro la obra de esta regeneración; y cuando dispone que nazca en el tiempo, no da participación en ese misterio más que á una virgen purísima. El Padre celestial extenderá su eterna generación en María; de la sangre de esta virgen formará un cuerpo tan puro, que solamente el Espíritu Santo será quien pueda informarle, y á su vez este divino Espíritu infundirá

en él una alma que, teniéndole á él por autor, sin concurso de alguna otra causa, no puede ménos de ser santísima. De ese modo el Santo que nacerá de María lo será tal por naturaleza, y no con una santidad derivada y accidental, sino que sustantivamente será Santo; cualidad que no puede convenir más que á Dios, que tiene solo la santidad como atributo esencial de su naturaleza. De tan sublime misterio resultó creada en el mundo una nueva dignidad, que es la dignidad de madre de Dios. Tal y tan incomparable es el precio de la virginidad, que sólo ella ha podido dar al mundo esta insigne maravilla de la maternidad divina.

Es evidente que con María apareció sobre la tierra una hermosura inaudita y un portento sin segundo, porque no tan solamente brillan en ella los atributos y la excelencia de Madre, de Santa, de Mártir y de Amada, sino que hay todavía en ella una cosa más grande y sorprendente, que es la perfección de la humildad. Ella tenía todas las virtudes y las unía con perfecta armonía, y la hermosura de su rostro era la expresión visible de la santidad de su corazón. El Espíritu de Dios la anuncia y profetiza en todas partes de las santas Escrituras; ella es el Templo de Salomón, fabricado en su exterior del blanco mármol de la pureza y adornado en su interior del oro purísimo de la caridad; es la vara de Aarón que, colocada en el tabernáculo, se cubre milagrosamente de flores y de frutos; el suave vellón de Gedeón, regado del celestial rocío, mientras que la tierra perma-

nece seca y árida en todo su contorno; el vaso de oro que contiene el maná celeste; el arca de la alianza que encierra en sí, no sólo las tablas de la Ley, sino también al Autor de la misma Ley; la predestinada para aplastar la cabeza de la serpiente; la

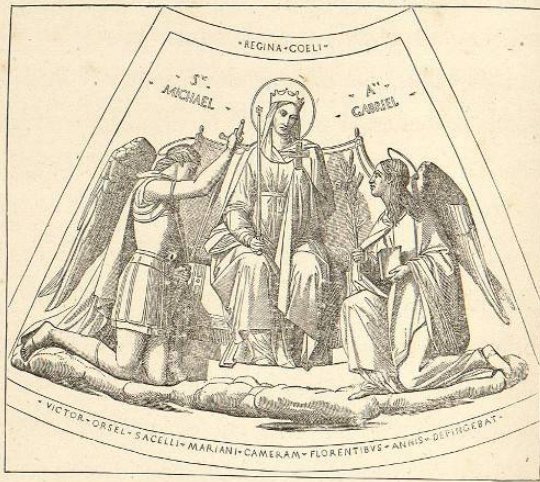


Lámina 32.—María, Madre de Dios y Reina del Cielo, San Miguel mete en la vaina la espada de la Justicia divina en presencia del ángel Gabriel, que anuncia el misterio de la Redención.—Fresco de Orsel, que se conserva en Nuestra Señora de Loreto, en París, y es del siglo actual.

nueva Eva de la creación evangélica, toda pura é invencible, preservada de la culpa y victoriosa del pecado. Ella tuvo la misma parte en nuestra salud que tuvo Eva para nuestra perdición; y por ella Jesucristo, el nuevo Adán, recibirá una nueva generación semejante á la del primer Adán, que ya la prefiguraba.

Habiendo tenido al Verbo divino encerrado en sus purísimas entrañas, María será sobre la tierra el más santo de los templos que jamás se hayan visto y edificado en su suelo. Mas ¡sabido es que el Templo es el lugar del sacrificio! El ángel dice á María que ha encontrado gracia delante del Señor, y no la ha poseído más que para dársela al mundo. Todo lo que Eva perdió y destruyó ha sido superabundantemente reparado de un modo congruente por María; y, accediendo al ruego de los hijos de Eva, Jesús por fin se la dará por madre.

La tierna escena de la Visitación, en que Isabel, Juan Bautista y María profetizan bajo la inspiración de Dios oculto, encierra, dice Bossuet, una profunda revelación de la economía de la gracia y de la manera múltiple y diferente con que Dios dirige é influye en las almas. Él está oculto, y Él lo hace todo. Nosotros vemos en Isabel la humilde admiración de una alma que se aproxima á Él; en Juan Bautista el ardiente transporte de una alma que Él se atrae, y en María la inefable paz y dulzura de una alma que le posee.

Bajo la influencia de la gracia, Juan Bautista es ya el Precursor: «*El niño que yo llevo, dijo Santa Isabel, ha saltado de alegría.*» Se dice de *alegría*, que vale tanto como decir con conocimiento; pues tal es el resplandor de la luz que á Santa Isabel dió la palabra del ángel: «*Tú eres bendita entre todas las mujeres.*» Ella va todavía más lejos, pues la llama *Madre de Dios*, y seguidamente hace un elogio de la fe en los mismos

términos que con ese fin empleará Jesús : « *Tú eres bienaventurada en haber creído.* » Jesús dirá eso mismo á Pedro, y después de su resurrección á Tomás, pues el Evangelio no tiene más que un lenguaje, lo mismo el día antes de Belén que al día siguiente del Calvario.

Isabel dice todavía á María : « *El fruto de tus entrañas es bendito;* » y este fruto suave es el mismo del cual está escrito : « *El olor de mi hijo es semejante al de un campo sembrado de trigo;* » fruto destinado á nutrir las almas y á destruir en ellas los efectos del fatal fruto aceptado por la desobediencia de la primera Eva.

En todo el Evangelio no se encuentran más que siete palabras de María, todas muy breves y todas muy recomendadas por sus circunstancias. María guarda silencio cuando José se siente tentado á sospechar de ella, y el mismo silencio se la ve guardar en el Calvario. Solamente una vez se la vió salir de su reserva, y fué para cantar el glorioso *Magnificat*, que San Ambrosio llama el éxtasis de su humildad. Recordemos solamente estas proféticas palabras : « *¡ Todas las generaciones me llamarán bienaventurada!* » Diez y nueve siglos se han pasado, y todos los siglos se pasarán diciendo con voz unánime : *Amén.*

Los judíos, á su vez, pasarán también reconociendo la grandeza de María, no obstante que, desde el principio hasta nuestros días, han sido los únicos en el mundo que han aborrecido á la Madre de Dios. Esta es una maldición, entre las

más funestas y desastrosas, que pesa sobre aquéllos. Mahomet pone en boca de Dios estas palabras : « *Por lo mismo que los judíos no han creído en Jesús, y también porque han proferido grandes blasfemias contra María, yo les he maldecido.* » Y tenemos aquí el cetro musulmán ejecutando las predicciones bíblicas respecto del pueblo judaico.

El estilo inspirado del Espíritu Santo no se ve con menos claridad en el cántico de Zacarías, cuyo sacerdote, santo y venerable, al mismo tiempo que alaba á Dios porque se ha dignado visitar su pueblo, señala el cumplimiento de las profecías de la antigua Ley y predice además las gracias y privilegios de la Ley nueva. Cuenta entre los dones de la misericordia del Salvador á Abraham y á David, y á los Patriarcas de Israel que habían ya muerto, porque Jesucristo viene á cumplir las promesas que ellos habían recibido; su bendición extiende sus efectos saludables á todas las edades pasadas, al mismo tiempo que les llevará sobre todos los tiempos venideros, y dará la libertad á aquellos que esperan en el limbo, de la misma manera que hará penetrar la abundancia de su luz entre aquellos que aún permanecen en la sombra de la muerte. Zacarías da á Jesús el nombre de *Oriente*, con el cual le había ya designado uno de los últimos Profetas; y así se ve que en la misma cuna del Precursor atestigua ya el santo sacerdote Zacarías que Dios ha enviado el Mesías que debía venir; é inspirado de la misma luz divina, conoce la parte tan principal que su hijo ha de tomar en la

grandiosa obra de la Redención. No hay voz humana que pueda modular palabras tan solemnes como aquellas memorables dirigidas por Zacarías á su hijo, cuando sólo tenía ocho días de nacido : « *Y tú, tierno niño, tú serás llamado el Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, preparándole los caminos á fin de enseñar á su pueblo la ciencia de la salvación para alcanzar la remisión de sus pecados.* »

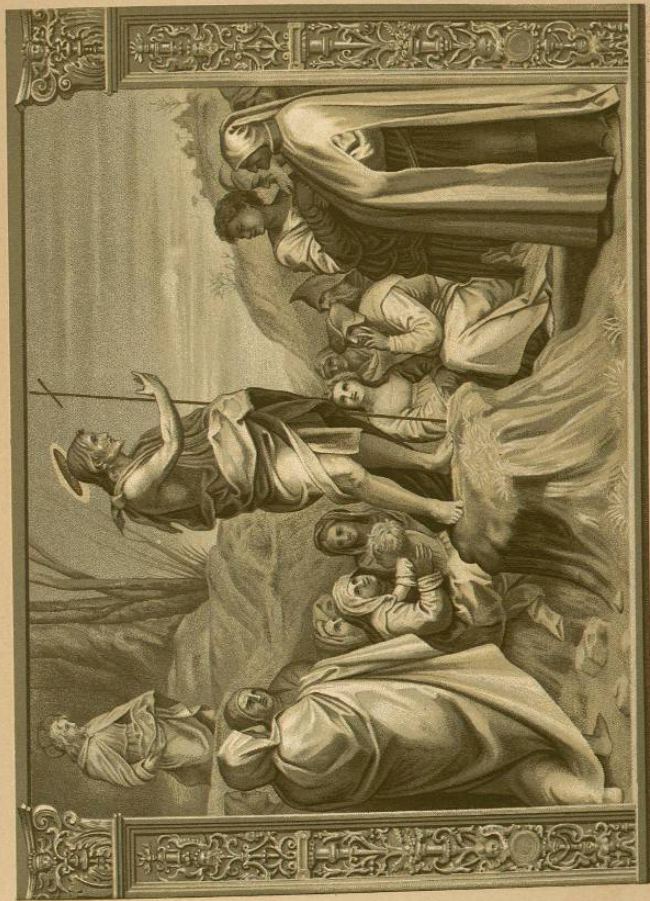
Aquellos mismos que fueron testigos del nacimiento de Juan, viendo en él presagios de santidad, se preguntaban unos á otros, llenos de admiración : « *¿Qué pensáis vosotros que llegará á ser este tierno niño?* » Después de treinta años de hecha esta pregunta, Jesucristo da una autorizada respuesta, expresándose en estos términos : « *Ninguno sobre la tierra se ha visto ni elevado más grande que Juan.* » La cristiandad, que con tanta seguridad sabe apreciar el valor moral de los actos humanos, honra sobremanera la heroicidad deslumbradora de este carácter, en virtud del cual San Juan Bautista, no sólo se presenta al mundo como precursor, sino también como fiel imitador de Jesucristo. Su concepción y su natividad, su vida asombrosa llevada en el desierto, su predicación y su bautismo, su persecución y su prisión, y hasta su misma muerte, están simbolizando y prediciendo á Jesucristo; y, en virtud de esta augusta semejanza que guarda con Él, el catolicismo le ha reputado siempre como el tipo admirable de todos los santos. El valor saludable de su virtud hace que el orgullo mismo se vea obliga-



ILUSTRACION DE SAN JUAN BAUTISTA.
 El nacimiento de Juan el Bautista, en el templo de San Juan, en el pueblo de San Juan, en el desierto de Belén, en el momento de su nacimiento. El niño que se ve en el nacimiento, es el niño que se ve en el nacimiento.

grandiosa obra de la Redención. No hay voz humana que pueda mostrar palabras tan solemnes como aquellas memorables dirigidas por Zacarías á su hijo, cuando sólo tenía ocho días de nacido: «*Y tu nombre será, tú serás llamado el Profeta del Alto, porque irás delante del Señor, preparándole los caminos á los de muchos, á su pueblo la ciencia de la salvación para alcanzar la remisión de sus pecados.*»

Aquellas mismas que fueron testigos del nacimiento de Juan, según en el presagio de santidad, se preguntaban unos á otros, llenos de admiración: «*¿Qué pensáis vosotros que llegará á ser este tierno niño?*» Después de treinta años de hecha esta pregunta, Jesucristo da una autorizada respuesta, expresándose en estos términos: «*Ninguno sobre la tierra se ha visto ni oído de más grande que Juan.*» La cristiandad, que con tanta seguridad sabe apreciar el valor moral de los actos humanos, honra sobremanera la heroicidad deslumbradora de este carácter, en virtud del cual San Juan Bautista, no sólo se presenta al mundo como precursor, sino también como fiel imitador de Jesucristo. Su concepción y su natiuidad, su vida asombrosa llevada en el desierto, su predicación y su bautismo, su persecución y su prisión, y hasta su misma muerte, están simbolizando y prediciendo á Jesucristo; y, en virtud de esta augusta similitud que guarda con El, el catolicismo le ha reputado siempre como el tipo admirable de todos los santos. El valor saldarable de su virtud hace que el orgullo mismo se vea obliga-



PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA

Fresco de Andrés del Sarto, en el Scatolo, casa de la cofradía de San Juan, en Florencia, Siglo XVI. «Yo soy, dice San Juan, la voz, de que habla Isaias, que grita en el desierto: Haced al Señor un camino derecho.»

do á escuchar las palabras duras que le condenan; no propone más remedio que la penitencia á los ricos y purpurados que se inclinan delante de sus harapos y pobreza. Su humildad es tan grande como su valor, y, mejor que ninguno de los mortales, según frase de Bossuet, ha sabido sacrificar su propia gloria al Hijo de Dios. Porque cuando todo el mundo le reputa como señor, él proclama muy alto que no es más que un miserable servidor; y, poseído de estos sentimientos, ni la grandeza mundana puede seducirle, ni la muerte es capaz de hacerle temblar. Con gran valor dice á Herodes : «*Eso no te es licito;*» y con grande amor, mostrando Jesús á sus discípulos, les dice : «*Ved aquí el Cordero de Dios; por lo tanto, es preciso que Él crezca y que yo me humille.*» Jesús será la primera voz del Verbo, y en Él termina la serie de los Patriarcas para comenzar la de los Apóstoles. Juan será quien anunciará primero el reino de los cielos, el que verá primeramente la Trinidad Santísima manifestarse á los hombres en las aguas del Jordán, el que mostrará primero al Anunciado de los Profetas, y él, en fin, reunirá en sí con admirable perfección los gloriosos atributos que le muestran al mundo como mártir, profeta, patriarca, solitario, apóstol y testigo esclarecido de Jesucristo.

Al volver María á Nazaret, encontramos juntamente con ella otro esclarecido personaje, que es el patriarca José, obra no ménos maravillosa de la gracia de Jesús. El santo Evangelio, al ocuparse de él, compendia todos sus elogios, sus virtudes y

grandeza en esta sola palabra : «*Varón justo;*» y verdaderamente que la alta misión con que es honrado y la solicitud edificante con que la llena prueban evidentemente la abundancia excepcional de su justicia. Él recibe de Dios, con respecto á María y á Jesús, el afecto, el celo, la vigilancia y la autoridad de esposo y de padre; es preparado y formado conforme al modelo de María; es hijo de David como ella, es virgen como ella, humilde como ella, obediente como ella, y sobresalió en prudencia y virtud, como María se había distinguido en el servicio de Dios. Tiene semejanza con el patriarca José, hijo de Jacob, y es superior á él, no sólo por el carácter de su misión, cuanto por la perfección de sus méritos; porque, además de ser casto y de ser virgen, tiene la dicha de ser iluminado, instruído, inspirado y dirigido por Dios. José, hijo de Jacob, guarda, es verdad, el trigo necesario para él y para su pueblo; pero á José, esposo de María, le está confiado el honor de recibir y custodiar el *Pan Vivo* y de guardarle para él y para todo el género humano. Á José, esposo de María, le fueron dirigidas estas palabras : «*Toma este Niño;*» como si Dios le dirigiese á él aquellas expresiones que en otro tiempo un Profeta dirigía á Dios mismo : «*A ti, Señor, está confiado el cuidado del pobre.*» José, pues, es el tipo perfectísimo de los Apóstoles encargados de anunciar á Jesucristo en todo el universo, y así lo atestiguan San Juan Damasceno, San Hilario de Poitiers y San Bernardo; y un gran siervo de Dios, que ha vi-

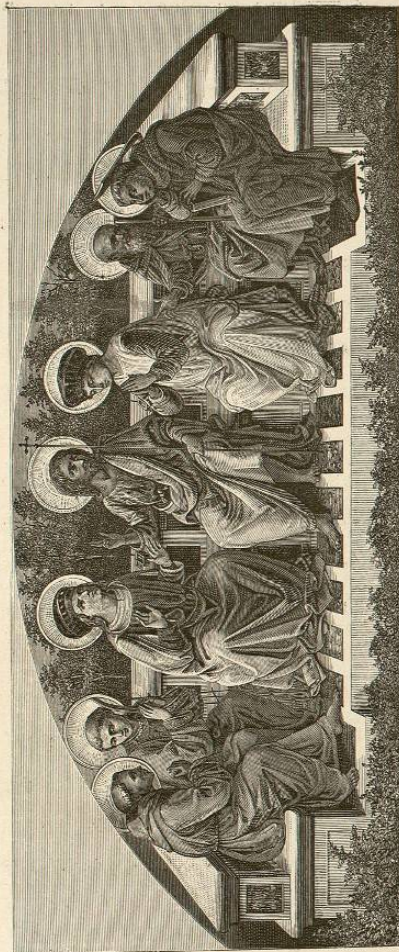


Lámina 33.—San Juan Bautista, precursor de Jesucristo, se ocupa del Conde de Dios con los santos del Nuevo Testamento. Se ve á la derecha San Damiano, San Antonio y San Pedro, mártir, y á la izquierda están San Cosme, San Lorenzo y San Francisco. —Cuadro de Filippo Lippi, en la Galería nacional de Londres, del siglo XV.

vido en nuestros días, avanza todavía más en este hermoso misterio. Cuando José, después de María, se aproxima á Jesús para adorarle en la cuna, es, dice el P. Faber, la *sombra del Padre eterno* que se detiene encima del Niño, pudiéndose en cierto modo considerar á José, cuando estaba en presencia de Jesús, como si estuviera visiblemente colocado en lugar del Padre eterno. El alma humana de Jesús le ha mirado siempre, no sólo con el amor más tierno, sino también con un profundo respeto y de justa admiración. Sería imposible describir su santidad por falta de términos de comparación, pues, siendo ella más elevada que la de los otros santos, reviste además un carácter muy diferente. José ha sido en el mundo una aparición del Padre eterno y no engendrado; es dulce y clemente, pobre y humilde, dócil y sufrido, y al mismo tiempo es la fortaleza inexpugnable en donde se abrigan y refugian el honor de María y la vida de Jesús. Oculto como Dios, lleno de divina tranquilidad y dotado de una justicia regulada, como lo está la de Dios, por la misericordia, se comunica con el mismo Dios durante su sueño, como si ese mismo sueño fuese el místico reposo de la contemplación. Después de María es el primero en adorar á Jesús, y el divino Niño le santifica de nuevo, elevándole á una esfera más eminente de virtud, á fin de que él pudiese ser el superior oficial de su Dios.

¿Qué pincel habrá tan delicado que pueda representar al vivo el primer momento, aquel solemne instante en que Jesús,

nacido en el pesebre, contempló por vez primera con los ojos de su santísima humanidad el hermoso rostro y encantadora figura de María? Ni ¿quién podrá tampoco expresar los sentimientos de alegría y respeto que experimentaría al dirigir sus miradas á San José, el hombre escogido para ser llamado su padre, y digno de esta gloria, que estaba destinado á vivir y amar á Jesús con más intimidad que ningún otro? Jesús, María y José son los tres apacibles reinos en que Dios tiene su morada y en los cuales ejerce solo los oficios de soberano; son tres maravillosas creaciones, de las cuales el mismo Criador era una de ellas: Trinidad inefable que, sin dejar de ser tal, estaba unida por los fuertes lazos del amor.

En el lugar tan humilde del pesebre, lleno de incomparable é incomprensible esplendor, Jesús recién nacido da al mundo, al que viene á enseñar y civilizar, una de las más grandes lecciones que después había de reiterar y confirmar. Él nace pobre y dispuesto á tomar más tarde, como atributo de su real soberanía, la cruz que llevará sobre sus hombros; principia desde luego á vivir como pobre, sujetándose al trabajo y al dolor. En medio de su infancia sabe ya rechazar el mal y elegir el bien, según lo había predicho de Él el profeta Isaías; y el bien que Él elige y la vida perfecta que abraza es el nacer en un establo, cuyo acto de profunda humildad es una solemne reprobación de la molicie, que hace á los hombres esclavos, y una señal manifiesta del poder y dignidad á que intenta elevar la humanidad,